

Educación en emergencia

Reflexiones sobre la calidad educativa

Wendy Pérez Sánchez¹

*“Donde hay educación hay posibilidades,
y donde no hay educación
queda el pueblo merced de la manipulación
política o ideológica, de quien sea”*

(Adolfo Nicolás S.J., 2013)

El p. Adolfo Nicolás S.J. planteaba la frase anterior en una conferencia en Gijón, el año 2013, donde abordaba la relevancia de la opción educativa de la Compañía de Jesús. La afirmación propone a la educación como camino para reducir (y, por qué no, eliminar) las amplias brechas de desigualdad que aquejan al mundo. Sin embargo, no toda educación logra ese objetivo. Si está influida por ideologías hegemónicas y de opresión, reproducirá modelos sociales, económicos y políticos inequitativos. Si, por el contrario, la educación tiene un fin liberador y centrado en la persona, su intervención contribuirá a la transformación social. Es necesario, por lo tanto, cuestionar qué tipo de educación estamos promoviendo, ¿estamos orientando nuestro modelo educativo a la calidad?, ¿qué entendemos por calidad educativa?, ¿cómo hemos de responder a los desafíos que la particular circunstancia que estamos viviendo como humanidad nos presenta?

La intención pues, de estas líneas, es movilizar nuestra reflexión sobre lo que hacemos actualmente en el ámbito educativo, y plantear la posibilidad de propiciar nuevas formas, revisar los objetivos y dar respuestas educativas pertinentes, escuchando la voz de las personas, del contexto y de la historia en construcción.

De un momento a otro, se vaciaron las aulas y se cerraron las escuelas. El 26

¹ Líder iniciativa Sistema de Mejora de la Calidad, Federación Internacional Fe y Alegría

de febrero, se confirmó el primer caso de Covid-19 en América Latina. A partir de ese momento, y como una rápida ola expansiva, se fueron confirmando casos en el resto del territorio. De un momento a otro, la vida y trabajo de las aulas se detuvo. Fue inevitable, nos tomó por sorpresa, incluso cuando se estaba al tanto de las noticias y se tenía la certeza de que la pandemia nos alcanzaría, no estábamos preparados para ello. Sin embargo, la primera respuesta a la crisis fue rápida. De inmediato se buscaron maneras para sostener los procesos educativos por distintas vías, bajo distintas perspectivas y quizá, por distintas razones.

Así como fue rápida la respuesta, así también la realidad se desnudó con rapidez: la brecha educativa se dejó ver, si acaso es posible, aún con mayor crudeza. La primera reacción fue ir adaptando a entornos virtuales las clases presenciales, para dar sentido de “normalidad” y de “seguir con lo cotidiano” para estudiantes y sus familias. Habría sido una catástrofe que la escuela no retomara su trabajo. Aun así, para muchos niños, niñas y adolescentes en circunstancias de vulnerabilidad, fue como sigue: si en la comunidad donde los y las estudiantes viven no hay energía eléctrica o agua, mucho menos tendrán acceso al internet; o bien, hay acceso, pero se prioriza asegurar la alimentación en lugar de adquirir data móvil u otro servicio. Entonces, se hace urgente establecer otras estrategias para llegar a este grupo que se encuentra en alto riesgo de deserción escolar.

Con un sentimiento agrí dulce vemos en las noticias, en las redes sociales y en nuestras mismas instituciones, educadores y educadoras que llegan a pie, en bicicleta, en motocicleta, a las casas de sus estudiantes. La imagen del educador o educadora esforzada se romantiza. Por supuesto, es sumamente aplaudible, pero no es justo, no es lo ideal. Lo verdaderamente justo, es que cada estudiante y cada educadora o educador cuenten con los recursos necesarios para llevar a cabo el proceso de aprendizaje.

Lo cierto, es que se han dado respuestas, y se están ideando diversas estrategias para la vuelta a las aulas, que implican modalidad semi-presenciales, implementación de “*BeLearning*”, entre otras acciones; pero, no basta con que las clases “sigan”, es fundamental evitar el continuismo. No es posible implementar un

modelo que solamente repita lo que se hacía en las escuelas y colegios, como si nada hubiese pasado, sin responder a los grandes retos que la historia nos plantea.

En la misma conferencia citada al inicio, el p. Adolfo Nicolás (2013) apunta que la educación ha de enfocarse en el crecimiento y transformación de la persona, y, por ende, de los entornos donde se desarrolla, puesto que no es posible hablar de crecimiento y transformación personal, sin tocar el entorno, y viceversa. Entonces, cabe preguntar si la educación que se venía desarrollando, y que ahora ha ingresado a los hogares de los estudiantes, cumple con ese objetivo. Elizabeth Riveros (2016), al explicar el *Sistema de Mejora de la Calidad de Fe y Alegría*, asevera que la educación es un derecho crucial que posibilita el acceso a otros derechos básicos. Ante ello, debemos tomar conciencia que, si ya la brecha educativa estaba presente, y con ello se vulneran los derechos humanos, mucho más ahora con esta difícil circunstancia. Sin embargo, como se mencionó antes, no basta con continuar con los procesos educativos, es fundamental revisar y reflexionar sobre la oferta que brindamos, y considerar si podemos asegurar que es de calidad.

El hecho de que la educación es una prioridad, hasta el momento nadie lo cuestiona, pero tampoco se profundiza de manera robusta en la calidad con que se desarrolla, aunque el concepto, se ha vuelto casi un cliché.

Es importante que al hablar de calidad educativa nos planteemos que no hay respuestas cerradas. La calidad no es monocromática, sino que, responde a orientaciones ideológicas, políticas y a requerimientos del contexto. Así, nos atrevemos a afirmar que es un concepto multidimensional, pues los procesos de aprendizaje y enseñanza se desarrollan en diferentes niveles y circunstancias, y es afectada por diversos elementos (Riveros, 2016).

Superando un concepto cerrado, se comprende que educación de calidad incluye factores que contribuyen con que la práctica educativa sea realmente beneficiosa. De hecho, reconocemos que hay calidad cuando se hace reflexión permanente de la práctica cotidiana, y se transforma en una cultura, es decir, en una continua actitud de búsqueda de mejora y transformación (como el MAGIS que

la ignorancia nos propone), evaluando y tomando decisiones sobre los resultados obtenidos; y, sobre todo, cuando de forma intencionada contribuye con el desarrollo pleno de la persona que aprende, acompañando su proceso de crecimiento en todos los ámbitos, con la mirada puesta en su participación activa y comprometida en la sociedad.

En la emergencia que estamos viviendo, es imprescindible cuestionar el servicio educativo que prestamos. ¿Nuestros procesos están respondiendo al contexto? Por ejemplo, es sabido que, en América Latina, la crisis por el covid-19 converge con las otras crisis sociales, económicas y políticas que han acompañado el devenir histórico de nuestros pueblos. Al respecto, Mario Waissbluth (2018), en su ensayo “Educación para el siglo XXI el desafío latinoamericano”, plantea como tesis introductoria que la estructura educativa en Latinoamérica, se perfiló con un sistema sustentado en una brecha: educación de “mejor calidad” para grupos privilegiados, y una educación pobre para los pobres. Aunque hay posturas diversas al respecto, sería ingenuo pensar que la educación es la misma para todos y todas, sin contar con que, de entrada, el capital cultural de cada estudiante es bien distinto entre cada uno. Entonces, la gran tarea educativa radica en proporcionar todas las posibilidades de forma eficaz, pero equitativa, eficiente y creativa, para asegurar el pleno desarrollo de cada persona (Fe y Alegría, 2008). Por supuesto, en la crisis que afrontamos, es también fundamental que la educación no pierda su esencia de construcción y crecimiento, de delicado cuidado para la transformación (Rodríguez 2019).

Es claro que asegurar el derecho a la educación pasa, en primer lugar, por continuar con el trabajo formativo, pero más allá de eso, implica garantizar que los procesos y contenidos son pertinentes, responden a las circunstancias que se están viviendo, contribuirán a que los niños, niñas y adolescentes desarrollen habilidades y destrezas, y estas sean herramientas útiles para su propia vida y para contribuir con el desarrollo de sus entornos. Ahora más que nunca es tiempo de cuestionarnos ¿estamos en ello?, ¿se han priorizado competencias, objetivos, planes de trabajo? Y más aún, ¿se está reconfigurando el proceso educativo con el fin de responder asertivamente a lo que la historia nos demanda?

Alejandro Rodríguez s.d.b. (2019), insiste en que, “es fundamental llegar al corazón y educar desde ahí, lo que significa educar desde la positividad y hacia la positividad, elevar, construir y aprovechar la energía saludable que posee toda persona, regenerando el sentido de dignidad donde se requiera hacerlo”. Por ello, como elemento también fundamental de la noción de calidad, es indispensable centrarse en la vivencia de valores, sabiendo que “un valor se asimila cuando es comprendido como valor, es propuesto explícitamente y es ejercitado contextualmente” (Rodríguez, 2019).

Otra mirada valiosa es la que aporta la Federación Internacional Fe y Alegría, donde la calidad educativa en su multidimensionalidad plantea preguntas esenciales: ¿qué habilidades y destrezas han de desarrollarse en cada estudiante para el tan anhelado desarrollo pleno, y para su justa y solidaria participación en la sociedad?, ¿cómo puede influir positivamente la comunidad educativa, en el contexto donde se encuentra, para propiciar transformación social?, ¿de qué manera se construye ciudadanía activa, como compromiso histórico político? Esas preguntas orientadoras, se transforman en líneas de acción que se concretizan en el día a día de las comunidades educativas. Es ahí, donde se va construyendo la calidad, dialogando con el contexto, escuchando la voz de todos y todas, democratizando la educación.

Sin embargo, y citando nuevamente a Waissbluth (2018), actualmente La “industrialización curricular” presupone que lo esencial del proceso educativo es cumplir con el currículo asignado para determinado grado, nivel y ciclo lectivo, sin problematizar o dejarse interpelar por el entorno. Y más aún, afirma que “en realidad, sabemos con exactitud qué significa una educación de calidad, pero hacemos todo lo posible para no impartirla” (Waissbluth, 2018). Eso, es sin duda un enunciado muy fuerte que debería movilizarlos para la transformación.

¿Qué podemos hacer frente a las cuestiones planteadas? En el reciente conversatorio “Calidad educativa frente al Covid-19” (junio, 2020), que se organizó para la Federación Internacional Fe y Alegría se abordó esta cuestión. En principio, como se ha mencionado reiteradamente a lo largo de todo este ensayo, la

educación, para ser considerada de calidad, ha de dar respuesta pertinente al contexto, con lo cual, es necesario analizarlo desde sus distintas facetas. Ismael Moreno S.J. (2020), nos plantea que, ante la amenaza de una normalidad dictada por las posturas inequitativas e injustas que priman, es fundamental establecer una “normalidad subversiva” (término acuñado por él mismo), donde se impulse un estilo de comunidad horizontalizada, basada en un modelo social y político a partir de relaciones equitativas, inclusivas y respetuosas de la diversidad, que rompa con la línea vertical, que se sustente en la ética y en la condición de convivencia humana; normada por la dignidad de la persona, con plena vigencia de los derechos humanos y de la madre tierra.

¿La educación tiene algo que aportar en la construcción de una nueva humanidad? ¡Por supuesto! En ese sentido, el proceso educativo, ha de estar orientado a la formación de habilidades y destrezas que capaciten a cada persona para la construcción de comunidad, el cuidado de sí misma y de otros y otras, la capacidad para resolver problemas, y un profundo sentido crítico constructivo, que le permita cuestionar las estructuras establecidas que vulneran los derechos. Entonces, como aporta Pepe Menéndez (2020), es momento de movilizarnos, de orientar las propias herramientas metodológicas, para imaginar y a partir de ahí, crear, construir algo nuevo. Corremos el riesgo que las respuestas educativas nos sean dadas y vengan fabricadas desde el sistema dominante que es excluyente. Por ello, hemos de preguntarnos ¿qué educación queremos?, ¿qué tipo de educación hemos de construir para formar esa normalidad subversiva? Este proceso también implica que podamos asociarnos con otras y otros, trabajar en red, poniendo cada persona y comunidad, lo mejor de sí, para alcanzar los objetivos.

Por otro lado, Beatriz Borjas (2020) aportaba en el conversatorio citado un dato fundamental: la escuela ha entrado a la casa, tal cual es. De esa cuenta, si el modelo que seguía la escuela era tradicional, así entró a casa, y si buscaba la transformación, eso seguiría buscando al adaptarse al entorno familiar. Por primera vez, quizá en toda la historia de la educación, las familias se están involucrando de lleno en el desarrollo de los procesos de aprendizajes de sus hijos e hijas. Y, así como la escuela ha entrado a la casa, así también los y las educadoras, tienen una

mirada de contexto más certera, pues reciben información de primera mano. No podemos dejar de lado este valioso elemento, fruto de la emergencia educativa que estamos viviendo.

Entonces, la calidad educativa como se ha procurado hacer notar a lo largo de este documento, supera las definiciones conceptuales, lanzándonos a la construcción de modelos pertinentes y creativos que respondan a los retos que enfrentamos. Al fin y al cabo, el gran desafío es hacer que esa calidad sea real, y no de discurso. Por ello, la educación se ha de vivir en actitud peregrina, que no da todo por sentado, que no se conforma con un currículo establecido, sino que, siempre en búsqueda del bien mayor, sale de la zona de confort para encontrar herramientas, y crearlas si acaso no las hay, que ayuden a construir el tan anhelado mundo nuevo. Ya lo decía Paulo Freire, “la educación no cambia el mundo, cambia a las personas que van a cambiar el mundo”.

Referencias:

- Borjas, et. al. (11 de junio 2020). Conversatorio Calidad Educativa frente al Covid-19. <https://www.youtube.com/watch?v=rjJypCUArg>
- Federación Internacional Fe y Alegría. (septiembre 2008). Programa Calidad de la Educación. Número 1. p.4. Recuperado de <https://es.calameo.com/read/000241056a7b7c059884a>
- Nicolás S.J., Adolfo (2013) La educación en la Compañía de Jesús. Recuperado de <https://www.ausjal.org/wp-content/uploads/La-educacion-en-la-Compania-de-Jesus.30.pdf>
- Riveros, Elizabeth. (12 de octubre 2016). El concepto de calidad de Fe y Alegría y su sistema de mejora. Una mirada alternativa. Insurgencia Magisterial. Recuperado de <https://insurgenciamagisterial.com/el-concepto-de-calidad-de-fe-y-alegria-y-su-sistema-de-mejora-una-mirada-alternativa/>
- Rodríguez sdb, Alejandro. (2019). Algunas ideas para llegar al corazón desde la educación parte I. Blog educativo Ministerio de Educación de Guatemala. Recuperado de <https://aprendoencasa.mineduc.gob.gt/index.php/blog/295-algunas-ideas-para-llegar-al-corazon-desde-la-educacion-parte-i>
- Waissbluth, Mario (2018). Educación para el siglo XXI el reto latinoamericano. Recuperado de https://www.mariowaissbluth.com/descargas/MWwaissbluth_Educ_sigloXXI_1e.pdf?v2